

res, casi sin inquietud. Van en busca de amor, que tú les das sin odio, sin burla. Porque tú eres, quizás, entre todas las que navegan en las galeras de Citerea, la única que sabe no detestar al que la ama. Es cierto que á veces, cuando alguien acaricia tus blancos senos con ternura, diciéndote al oído divinas tonterías pasionales, te distraes desdeñosamente; pero jamás te impacientas, jamás te muestras cruel, ni jamás, jamás irónica. ¡La ironía! ¡Esto es tal vez lo que te falta y esto es tal vez lo único que no falta nunca á la parisiense!

XV

GALANTES MEMORIAS







**Galantes Memorias**

Ivette Guilbert, de vuelta de su viaje por los países de nieve y de bruma, nos refiere sus aventuras. En todas partes, según parece, el público la ha aplaudido con entusiasmo.

«Debo confesar—escribe—que en Austria, en Rusia y en Alemania, soy una niña mimada. Pero esta vez la Hungría me ha parecido más hospitalaria. Debe ser porque, en vez de cantar en un concierto, he cantado en el gran teatro de Budapest, ante la aristocracia de la ciudad». Esta no es la primera vez que la divette salmodia sus canallescos estribillos ante nobles damas y gentiles hombres. Ya en Munich, poco ha, fué aclamada por los cortesanos. En Berlín... Pero esto es tan extraordinario que prefiero dejar la palabra á Ivette misma. Oíd: «Un diario—escribe—ha publicado un largo artículo titulado «Ivett



y Wagner», en el cual dice que los artistas vierten un bálsamo sobre las heridas antiguas. Wagner, según él, se ha aclimatado en Francia y yo en Alemania». Nada de esto, empero, ha proporcionado tanto placer á la ilustre cantadora, como una aventura literaria.

¿Literaria? Sí. Literaria ó editorial. La divette se encuentra en Praga. Al pasar ante una librería, lo primero que ve en el escaparate es la *Vedette*, su *Vedette*, su novela. En el acto entra en la tienda y pregunta:

—¿Qué libro es ese?

—Es un libro—le contestan—escrito por una actriz francesa. Es un bello libro. Cómprelo usted.

—¿Yo?... ¡jamás!... El libro de una comediante tiene que ser muy escabroso.

«Y me alejé - dice Ivette; - me alejé dejando al librero sorprendido de que hubiese una francesa tan puritana que no quisiera mercar la obra de una artista compatriota suya. Pero esto me había puesto de buen humor. Por que yo adoro mi *Vedette*, de la cual Coppé, Theuriot, Descaves me han dicho tan halagadoras cosas...»

\* \*

Hace bien, la *chanteuse*, en adorar su libro. Pero hace mal en creer que es su mejor obra.

Su obra maestra no es una novela. Es una canción—una canción ajena,—de Bruaut ó de Xaurof,—en la cual la miseria y el vicio de París se unen para ulular

sus penas. Recordemos, en efecto, aquellas veladas de los antiguos *music-halls*. Entre una gomosa y un prestidigitador, aparecía, andando sin elegancia, sonriendo sin voluptuosidad, mirando sin encanto, una mujer muy alta y muy flaca. Su traje era sencillísimo. Sus largos brazos estaban enfundados en inmensos guantes negros. Y la canción comenzaba, chillona, estridente, dicha sílaba á sílaba. Era una ramera de barrio bajo la que hablaba, dirigiéndose á su rufián. Un ligero escafofrío sacudía á la asistencia. Tanto cinismo era cosa extraña. Luego, minuto por minuto, estrofa por estrofa, á medida que las horribles confidencias de vicio, de crimen, de hambre, de amor, de podredumbre, crecían de tono, el escafofrío era más intenso. Al final, el público, antes chancero, se sentía emocionado hasta el punto de no atreverse ni aun á aplaudir. Un silencio trágico llenaba de angustia la sala. Y era necesario que un clown viniese luego—un clown ó una bailarina—para animar con sus piruetas el espacio mudo.

\* \*

En la *Vedette*, aunque parezca mentira, esta admirable cantadora no figura. Figuran, sí, los clowns, las bailarinas, las gomosas, los juglares, los saltimbanquis, todos los que, en la existencia, han rodeado á la *divette*. Pero ella misma no. Siendo autora, no ha querido ser actora. No ha querido figurar entre aquellos seres lívidos de labios delgadísimos, de ojos febriles, de



cuerpos serpentinos, que corren entre sus páginas animados por la codicia, la vanidad, la envidia y el placer. No ha querido que su alta silueta, de delgadez proverbial, se confunda con las sombras celestes y rosadas de las damas jóvenes vulgares. No ha querido que sus manos, siempre enguantadas, estrechen las diestras infames de Blanca Mesange y de Fernando su amante... ¡Y ha sido una lástima! Porque la única novela que una mujer sabe escribir con genio, es la suya.

\*  
\*\*

No hay nada tan interesante, en efecto, como lo íntimo, lo sincero, lo personal. Los novelistas que se atormentan buscando originales aventuras, no saben lo que hacen. La mayor originalidad está en nuestra propia alma. Juan Jacobo y San Agustín son grandes en la posteridad, no por haber sido éste un noble filósofo y aquél un egregio santo, sino por haberse confesado en libros ingenuos y ardientes. Pero ¿a qué ir tan lejos cuando sólo se trata de femenil literatura? El mejor ejemplo es el de María Bashkirtseff.

Esta princesita rusa adoraba la pintura y se mataba copiando escenas *d'après nature*, bajo la dirección de Lepage. Sin embargo, sus cuadros son insignificantes. En cambio, sus libros son admirables (sus libros escritos sin arte, sin cuidado y sin trabajo), porque contienen instantáneas muy sinceras de sus estados de alma.

Si la señora Cavalieri, cuyas memorias

están en prensa, hubiese procedido con igual sinceridad, tendríamos dentro de poco tiempo, una obra maestra más.

Pero no. ¡Qué locura! Una actriz tan linda como la cantatriz italiana, no puede decir todo lo que ha hecho. La sencillez de Rousseau, parecería grosero cinismo en una damisela. La policía misma impediría que se vendiese el libro.

Para esta clase de recuerdos, hay un molde: las *Memoires* de Cora Pearl, librito casi honesto, en el que una cortesana célebre habla de sus diamantes, de sus amigos y de sus aventuras, con una gracia de folletinista. Así las tales *Memoires* figuran en todas las bibliotecas económicas. Otra obra del mismo género, muy recomendable á causa de su amena palidez, es el libro de *Recuerdos* de Marie Colombier.

\*  
\*\*

La divina Cavalieri no irá más lejos, en punto á sinceridad, que estas dos clásicas amorosas. Dirá sus impresiones de artista, publicará muchas cartas firmadas por hombres célebres, referirá dos ó tres idilios sentimentales, llorará sobre la tumba de los que por ella murieron de amor, hablará algo mal de sus compañeras, describirá sus joyas, sus trajes, sus muebles, sus obras de arte. Pero nada más. Nada de mostrar su alma en los momentos crueles de la vida. Nada de interioridades psicológicas. Lo obscuro se queda en casa.

Yo conozco un libro admirable, en el cual una virgen loca se pinta sin velos y



sin hipocresías, á la par que sin cinismos y sin fanfarronerías. No creáis que se trata de una obra inmoral, como aquellas en que relatan sus orgías algunas bailadoras de Montmartre. No. Se trata de un libro casi casto. Es *L'Envers d'une courtisane*, la confesión de una dama de las camelias de alma sencilla y sensitiva, que se muere, una noche, de asco y de fastidio, entre los encajes de su lecho. Pero este libro no lo escribió una mujer, sino un hombre: Louis de Robert.

\*  
\*\*

No se puede decir, empero, que falte quien haya aconsejado á «esas señoritas», que escriban con sinceridad las memorias de su alma. El maestro Henry Fouquier decía á Rosario Guerrero, hace un par de años:

—Dicteme usted sus recuerdos. Yo seré su escribiente. Pondré la ortografía y las flores de retórica. Usted pondrá la verdad. Y entre los dos haremos un libro admirable. Sólo que, á la primera mentira que me diga usted, abandono el trabajo.

—Pues entonces—contestaba la admirable andaluza—lo abandona usted á la primera línea.

El literato á quien Lina Cavalieri dicta, es menos escrupuloso. Verdad ó mentira lo mismo le da, con tal que la cosa sea pintoresca. La *Nazione* de Florencia nos asegura que la obra está llena de aventuras, en las cuales millonarios americanos se disputan á puñaladas los favores de la bella, y

nobles rusos se suicidan por no haber logrado una sonrisa de sus adorables labios. «Un príncipe moscovita—dice,—ardiendo en amor por ella y no hallando otro medio para verla, disfrazóse de cochero con objeto de llevarla por todas partes. A cada carrera, la actriz dábale un franco de propina. Al fin, una noche, Lina Cavalieri encontró, en el fiacre, una caja de oro, chapada de diamantes, en la cual el cochero la devolvía todas sus propinas». La anécdota es digna de Cora Pearl. Por ella vemos el tono general del libro. Pero los lectores se consolarán fácilmente de no hallar nada nuevo en la prosa, contemplando, en la cubierta, el retrato de la deliciosa italiana, cuyo rostro hace pensar en aquella virgen morena de Cesare da Sesto, en la galería Brero de Milán.

La actriz que con mayor habilidad ha sabido ser *casi franca*, sin salirse de los moldes consagrados, es Liane de Pougy, la alucinadora reina de Citea, la maravillosa rubia cuyos ojos turbaron un día la serenidad de la corte rusa, la que amargó, con una cruel sonrisa, la agonía del célebre Meilhac, la sirena moderna que mata, con sus miradas, en los pechos adolescentes, la calma y la inocencia.

¿Y sabéis cómo ha hecho? Pues renunciando á las «memorias» verdaderas y escribiendo una confesión impersonal, en la que, con nombre transparente, aparece ella misma tendida en un lecho que es como un altar y como un trono, entre blancos encajes y suaves sedas, siempre sonriente, siempre ojerosa, frágil en apariencia, pero



en el fondo llena de fuerza y de energía, sensitiva hasta el desequilibrio, capaz de todas las santidades, de todas las locuras, de todos los horrores. Oíd cómo se describe á sí propia: «Lleva un suntuoso traje con mangas muy amplias de brocado blanco y lirios de oro bordados: seis collares de perlas adornan su delgado cuello, su cuello aristocrático que parece hecho para que lo corte el verdugo; y entre todas las blandicies, y todas las blancuras de las pieles que la abrigan, entre el oriente de las perlas, aparece el rostro, pálido, enfermizo, con aire de infanta de España, cual el de una doña María de Neuburgo». Bonito ¿verdad? Y justo también. La divina Liane, no se embellece. Con el nombre de Mirille, preséntase tal cual es en realidad.

Yo conocí á esta pecadora antes de que apareciese su novela autobiográfica. Me acuerdo que fué en Auteuil, en casa de Jean Lorrain, en la época ya lejana en que la linda actriz recorría el mundo recitando los versos del *Passant* de Coppée. Sus maneras me llamaron la atención tanto como su belleza, y su cultura me pareció casi tan grande como sus ojos. Así, cuando, más tarde, leí su libro, no experimenté extrañeza ninguna. La vi aparecer en la esbeltez sonriente de su divinidad, y comprendí que era ella—ella la que lloraba de amor por Desbois; ella la que, sin falso orgullo, declarábase esclava de la pasión; ella, en fin, la que, después de querer morir, volvía, en las últimas páginas, á amar la vida, el placer, el goce.

## XVI

## EL COMERCIO DE LAS SONRISAS